

SOBRE CIERTAS COORDENADAS HISTÓRICAS DEL COGNITIVISMO

TOMÁS R. FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ
Universidad de Oviedo

RESUMEN

El cognitivismo es un fenómeno ambiguo. Sin embargo, algunas de sus tendencias dominantes parecen representar un punto de inflexión respecto a la conciencia pragmatista que ha acompañado de forma crucial el desarrollo de la Psicología Americana. Conciencia que sigue siendo, sin duda, dominante más allá de este ámbito. La Psicología está con ello intentando oponerse y dar fin a esta opción idealista cuajada dentro de la vieja tradición Empirista. De ahí la vuelta a las cuestiones originales de dicha tradición: realismo, solipsismo, dualismo, mentalismo, etc. Pues bien, se trata por nuestra parte, de urgir a que dicha recapitulación se haga desde los adecuados presupuestos "críticos": que si una vez se tomó la vía inadecuada del kantismo (el pragmatismo), se tome ahora la vía más potente, la consustancial a la Psicología, es decir, la constructivista.

"...con toda su experiencia, (el entendimiento) no ha adquirido idea o conocimiento alguno del secreto poder por el que **un objeto produce el otro**, ni está forzado a alcanzar esta inferencia por cualquier proceso de razonamiento. Pero, de todas maneras, se encuentra obligado a realizarla. Y aunque se convenciese de que su entendimiento no tiene parte alguna en la operación, de todas formas continuará pensando del mismo modo." (**Investigación sobre el conocimiento humano**, Madrid, Alianza, 1980, p.65-66). Esta es, como se sabe, la teoría de Hume sobre la causalidad, pero también sobre el realismo y sobre el sentido del conocimiento como representación. Sin miedo alguno, podríamos decir que constituye una verdadera revolución, la cual fue realizada desde el **sentido común** contra la pretendida soberanía de la **razón especulativa**.

Las consecuencias que se derivan de aquí son tan profundas como aparentemente demoledoras. Tanto que una de las reacciones más frecuentes ha sido y sigue siendo negar su propia consistencia. Ahora bien, resulta sin duda exigible a toda posición de rechazo que, en tanto en cuanto intente escapar de Hume restaurando los derechos de la racionalidad teórica, lo haga por medio de una cuidadosa y exquisitamente racional crítica de su crítica. Pues no cabe ya "restaurar" los "derechos" de la causalidad, y/o de una perspectiva representacional realista y dualista (que hace uso del principio de causalidad) desde supuestas **evidencias racionales** del sentido común. Esto no sería más que desvirtuar de un modo absolutamente inconsecuente el recorrido realizado por Hume. La trampa consistiría en invertir, de un modo solapado, el orden de fundamentación que Hume nos exige: no cabe usar el sentido común para considerar **teóricamente** fundamentada la perspectiva causal, ni por tanto el **realismo**, el dualismo o cualquier idea de representación ligada a ellos. Desde su revolución del sentido común, tales perspectivas ya **nunca** poseerán justificación **teórica alguna** salvo que ésta última se asiente en realidad en un fundamento puramente utilitario o pragmático (que para el propio Hume nunca elude el escepticismo respecto al entendimiento racional). Dicho de otra manera, un fundamento que **nunca podría, ni**

debería, devolvernos los engaños dogmáticos de la razón. En suma, si se toma en serio a Hume, constituye la destrucción **teórica** de todo cognitivismo mentalista.

Hay, por supuesto, formas más serias o consistentes de escapar al escepticismo de Hume. La cuestión está en si tales formas surgen prolongando, es decir, llevando a Hume hacia delante, o retrocediendo de nuevo más atrás. Y el criterio para entender este "avanzar vs. retroceder" es, precisamente, el aspecto más revolucionario de Hume, es decir, su inversión entre razón y sentido común **práctico**. Si se aceptase, pues, como definitiva la revolución de Hume, se trataría de avanzar, al modo de Kant, por la vía de esa inversión realizada desde la práctica.

Pero antes de tomar dicha vía convendría, al menos, ensayar el rendimiento de la posible "marcha atrás" (animados hoy a ello por el propio cognitivismo). Esta "marcha atrás" nos lleva, sencillamente a la oposición "clásica" al Empirismo, es decir al Racionalismo, que pone en cuestión el propio análisis de la experiencia que desemboca en Hume. No vamos, por supuesto, a seguir sus pasos sino tan sólo a recordar sus conclusiones. Pues bien, dichas conclusiones llevan, por supuesto, a la negación de la referencia empirista a la mente para tratar de dilucidar desde ella el problema del conocimiento. Según el racionalismo, es precisamente dicho recurso a lo mental lo que arrastra sin remedio a las posiciones escépticas. No hay manera de conjugar racionalismo con mentalismo. **Mentalismo** y mente son -no haría falta recordarlo- cosas bien distintas: el racionalismo puede aceptar la mente, pero lo hará sólo para declarararla una apariencia. Lo mental, como ámbito de las verdades de hecho, de la experiencia individual, se disuelve en el sistema racional de una **conciencia** infinita categorizada como "mathesis universalis". Pero adviértase: una "mathesis universalis" que **no representa** nada porque **es** la propia realidad. No podemos paramos ahora en la cuestión, pero es imprescindible extender hasta sus justos límites esta perspectiva: la interioridad cartesiana, agustiniana, es ya una destrucción del mentalismo, pues lo que está en el interior del alma es la matemática y ésta es la realidad. No es tanto una representación de la realidad cuanto su esencia misma.

Conclusión: la crítica al Empirismo que va desplegando el Racionalismo es, por supuesto, una crítica a la mente y con ella al escepticismo de Hume. Pero dicha crítica confluye por completo en la negación del dualismo, del realismo y de la representación. En cuanto a la causalidad, en vez de ser reducida a asociación o hábito, será reducida a matemáticas. Los que se enfrentaban, pues, eran el Sistema de la **Conciencia** frente al Sistema de la **Mente**. Pero -y eso es lo que ahora interesa- ambos **monismos** condujeron a un grado tal de "extravagancia" racional (dogmática o escéptica) que se hizo irremediable (tan irremediable como innecesario de urgir o demostrar) el dominio del **sentido común**. Dicho de otra manera: el Racionalismo no puede ser utilizado como un intento de "marcha atrás" respecto a las conclusiones de Hume, porque ha llegado al mismo punto de no retorno. Y por eso, también, la prolongación o supervivencia del Racionalismo ha de buscarse en el punto en el que Kant asume por su extremo más radical, el de Hume, las conclusiones del ciclo clásico del enfrentamiento Racionalismo-Empirismo, convencido ya de que en el enfrentamiento entre razón especulativa y sentido común este último nunca puede salir perdiendo. Sin duda lo entenderá de un modo distinto a Hume.

Queda clara, en todo caso, cual ha de ser en el ámbito del Empirismo la línea más genuina de la herencia de Hume: la de una razón especulativa **que ya siempre será escéptica** si bien estará sometida a la primacía de lo utilitario. Dicha opción describe estrictamente la esencia del Pragmatismo. Es verdad que el Pragmatismo (la conciencia típicamente americana) ha realizado hasta hace poco un tan meritorio como inútil esfuerzo para resistirse a dicho escepticismo (aun siendo su principio). Lo ha hecho, claro está, no mediante cesiones al racionalismo, sino por el uso continuo de asideros espiritualistas, como la concepción escocesa del sentido común, con la capacidad de esta corriente para servir de vehículo a toda una diversidad de formas del idealismo y espiritualismo continentales. Hoy, sin embargo, se ha desprendido ya de tales asideros y se muestra con su cara más dura y más real. Rorty es el ejemplo paradigmático.

Ahora bien, esta vía pragmatista es, por supuesto, sólo uno de los caminos de la tradición Empirista. De forma inmediata (en Pierce o James) surgió provocada por - que no derivada de- Kant. Coincidían con el primado de la práctica y con los asideros morales y religiosos del kantismo, intentando así paliar los excesos escépticos sin dejar de ser, no obstante, pragmáticos. Pero en América han estado luchando durante siglo y medio (y aún siguen en ello) las tendencias Pragmatistas frente a las Positivistas. La cuestión es que ambas, a su manera, han pasado por Kant. Volvamos pues a él.

Es esencial distinguir (ya que no cabe ahora discutir) entre la elaboración Pragmática (Hume) y la elaboración kantiana, "racionalista" aunque Práctica, del sentido común. Una diferencia crucial es -como se sabe- la Ciencia, de cuyo fundamento a Hume no le importa prescindir. Hume no ignora que ha sido la ciencia Renacentista e Ilustrada la que esencialmente contribuyó a poner en apuros al sentido común (al viejo realismo, a la perspectiva dualista y representacional). Kant cree en cambio que la reelaboración del sentido común, según la cual la Práctica sigue siendo primaria (si bien como Razón), no puede dejar de lado la fundamentación de la Ciencia. Ahora bien: su concepción (especulativa) de la Ciencia, así como su aceptación de lo psicológico según moldes empiristas (precisamente para poder excluirlo o relegarlo) determinará sus limitaciones esenciales, su recaída en el dualismo. La esencia de la objetividad de la ciencia seguirá siendo especulativa (el entendimiento) y tendrá que conjugarse con un ámbito escindido, el de una experiencia sometida a lo natural-psicológico. Este dualismo seguirá conservando la estructura del más primitivo cartesianismo, aunque se disfrace ahora bajo la dualidad de los reinos en el lugar de las sustancias. Pero será tan irresoluble como aquél. El entendimiento como sistema formal de conceptos ha de encontrarse con lo dado a la sensibilidad, escindiendo sin solución al sujeto kantiano. Ahora bien, el sistema de conceptos separado del sistema de los datos (en la "experiencia") será, como se sabe, fundamental para la reconstrucción (neo)positivista del viejo Empirismo. Kant permitía así eludir el escepticismo (anti-realista, anti-representacional) que Hume había cargado sobre las espaldas de la razón, y que una parte importante de la tradición empirista nunca quiso asumir. Pero al mismo tiempo que esta debilidad kantiana servía para mantener viva las esperanzas "racionales" de una parte del empirismo, traicionaba su propio componente más radical y prometedor. La soberanía de la Razón práctica tenía que soportar de hecho, con la ciencia, la existencia de un reino (especulativo) dentro de sus propias fronteras, un reino que, además, era incapaz de resolver los viejos problemas cartesianos. La esencia constructivista de la Razón práctica, o bien se disolvía, o bien destruía a la "mecánica" de la experiencia.

Pues bien, es imprescindible desvelar y retomar dicha esencia. Dicho sea de paso, la vía idealista del kantismo se enfrentó ya, por supuesto, con su rémora dualista, exacerbando la vena especulativa de la Razón Práctica. Se desarrollaría así un constructivismo ideal, que en su momento Márx debería poner "cabeza arriba". Quedan sin embargo más dimensiones en Kant. Cabe señalar dos: la razón técnica, productora real, no sólo conceptual, del objeto (que Kant se esfuerza por decantar del lado de la razón teórica, aun reconociendo su esencial **producción intencional**, es decir, práctica), y aquella otra expresada en la Antropología Pragmática en virtud de la cual el hombre usa para sus propósitos su propia naturaleza fisiológica. Ambas dimensiones apuntan claramente al sometimiento tanto de la ciencia como de la experiencia bajo la final y necesaria soberanía de una Razón Práctica concebida en términos realmente constructivos capaces de superar el dualismo. Pues bien, nos interesa ahora hacer hincapié en la segunda. En efecto, la idea del sujeto como uso de la propia naturaleza física, fisiológica, es la clave de un constructivismo psicológico no especulativo, anti-cognitivist, que tendrá sus apoyos más radicales y decisivos en los principales desarrollos de las Ciencias Biomédicas del XIX: la Escuela Fisiológica de J. Müller y el darwinismo. Es decir, en los dos ámbitos esenciales en que se apoya la constitución de la Psicología Experimental. Ya hemos hablado de ello en ponencias pasadas (y hablaremos más). Ahora nos interesa proyectar todo nuestro esquema conceptual sobre el **Cognitivismo**.

El Cognitivismo (que prolonga hoy las esperanzas del Positivismo) es el último reducto del Empirismo en su lucha interna contra el Pragmatismo. Ha surgido frente al Skinnerianismo, lugar en el cual el dominio de la perspectiva pragmatista no puede por menos de aparecer como destrucción de la propia Psicología (y de toda ciencia) en tanto encierra la eliminación pragmática de todo concepto. El problema reside hoy en que la tradición empirista no tiene otro modo de enfrentarse a ello que ensayando una reafirmación y reconstrucción conceptual de sus raíces últimas, del mentalismo. Pues en este momento no puede ya acudir al lugar postkantiano que el positivismo elaboró como Teoría de la Ciencia. El terreno de la Teoría de la Ciencia positivista está ya tomado, en sus desarrollos post-kuhnianos, por el enemigo irracionalista, por el pragmatismo. Para no caer en el irracionalismo tiene que conjugar el mentalismo con la causalidad, el realismo, la representación (a menudo, incluso, con un abierto dualismo). Pero esta conjugación está proscrita por todos, empezando por el propio Hume, e incluido el Racionalismo. Por eso la vía inspirada en Turing es vacía. Lo distorsiona todo. Intenta usar de respaldo al sentido común (la llamada "psicología popular") de un modo que sobre todo Hume, pero también Descartes, hubieran rechazado. Pues en efecto, ¿cómo podría el sentido común venir en apoyo del realismo causal y la representación si precisamente ha renacido precisamente de su fracaso teórico, cognitivo? Desde Hume esos viejos conceptos han dejado de entenderse, y no podrán ya mantenerse en el plano conceptual de la razón. Sólo tendrán sentido (común) en la práctica. Sería absurdo pretender una Ciencia Cognitiva que acabase otorgando **fundamento racional** a la práctica. El virtual y posible fundamento que -a la inversa- la práctica podría hacer de una ciencia del conocimiento común (una Psicología), sólo será alcanzable dotando a dicha ciencia de un calado práctico y no especulativo.

En realidad -diríamos nosotros- todo concepto como tal tendrá que ser ya **prácticamente reconstruido**. Por eso la Psicología significa el compromiso -y ya ha

hecho gran parte de su tarea- con la propia construcción del objeto, pero no la construcción mental o conceptual, sino real (Baldwin, Piaget...). Significa, entre otras cosas, el fin tanto del mentalismo como del conductismo.

Tomemos ahora un párrafo de **Fodor**: "Que los estados mentales tienen tanto contenido representacional como poderes causales no es, como digo, una idea nueva. Por ejemplo, Hume la mantuvo. (Sospecho que la tomó de Descartes y Descartes la tomó de Aristóteles. No sé quién fué el que la inventó; probablemente alguien que vivía en una caverna). Lo que hace que nuestra teoría de la representación mental aparezca como más esperanzadora que la de Hume es que nosotros tenemos explicaciones de la representación y de la causación próxima de la conducta que parecen prometedoras por separado y que (...) engranan una con la otra" (**The Elm and the Expert**, MIT, 1994, p. 84-85).

Pero todo es falso, tanto en su aspecto histórico como conceptual. No se alcanza una mejor (ni ninguna) justificación de la representación simplemente sustituyendo la asociación por la idea de un sistema formal que cualquier cartesiano hubiese negado como realidad mental. Afirmar lo imposible (basándose en un mal análisis de lo que es un ordenador), a saber, que causa y función se identifican de hecho, es cancelar verbalmente el problema identificando los términos cuya relación se trata de explicar. En cuanto a la causación próxima de la conducta **desde la mente**, no se posee -de nuevo- mejor "explicación" que el sentido común, el cual sin duda **se cree** dicha causación. Pero lo que habría que entender es cómo ha llegado a creérselo. La Psicología no puede partir de la conciencia realista y representacional porque entonces se ha dejado absorber por las propias condiciones que está obligada a reconstruir. No puede suponerlas como su propia condición teórica. Tenía razón Hume en buscar el fundamento en la costumbre, en el hábito. Pero éstos se han transformado en razón práctica, que es experiencia constructiva y no especulativa. Son la esencia de lo psicológico que se expresa experimentalmente en la Psicología.

Y en cuanto a la historia: ¿No habrá Fodor confundido a Hume -y a Descartes. y a Aristóteles...- con Hartley en el cual la causación físico-neural (las vibraciones) se funden y confunden con la relación representacional, resolviendo de un plumazo todos los problemas? Pero ¿quién puede volver hoy al sentido común de Hartley por mucho que existan los ordenadores? ¿Qué nos puede importar que una mente sea asociativa o lógica si desde su solipsismo interior nunca podría construir nada que no fuera de su propia sustancia?